

"SI NO QUIEREN
SABER LA VERDAD,
QUE NO ME
BUSQUEN"



Santa Teresita

de Berazategui

Entregado en mano - No arrojar en la vía pública

Número 649

TERCER MILLENNIO

Editado

por: **FUNDACIÓN MISERICORDIA DIVINA** Asociación de Laicos Católicos

Casilla de Correo n° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina

La fe desafía al mundo e instaura el reino del amor en los corazones. En las relaciones, y sobre todo en el matrimonio, nos dejamos llevar por razones naturales, pero ¿qué ocurre con las de la Fe? Con el correr del tiempo, luego de los primeros felices años de matrimonio, solemos olvidar todas las consideraciones que en su momento nos parecieron buenas, y surgen nuevamente los roces de carácter, choques de gustos opuestos, defectos de personalidad, etc., que vuelven a alterar con facilidad la paz del hogar.

Así, por muy buenos que sean los esposos y por mucho que se quieran, se suelen herir en más de una ocasión. Por lo general, la parte herida tiende a sentir (anticristianamente, por cierto) que tiene derecho de devolver el daño recibido en una suerte de nueva ley del talión ("ojo por ojo..."). Por esto paga con la misma moneda y contesta a la mala cara con mala cara, al bufido con bufido, a las palabras fuertes con otras más duras. Obrar así es una equivocación que sólo tiene por fin el excitar más las brasas y convertir la chispa en fuego declarado. Siendo el matrimonio dos en uno, según la fórmula católica, todo daño de una de las partes repercute en la otra. Actualmente no sólo es común reaccionar así, sino que incluso es hasta despreciada "por débil" aquella persona que no contra-ataca a quien la ha ofendido de alguna manera. Lamentablemente, la fortaleza nada tiene que ver con la violencia de carácter. Una roca serena en medio del mar, que recibe las arremetidas de las olas con serenidad, tiene la verdadera fortaleza. Evidentemente, no estamos aquí hablando de familias golpeadas o maltratadas en grado extremo, tema que requiere otra tratativa diferente en cuanto a convivencia, pero que no supone, por supuesto el responder a golpes con otros golpes. ¿No es acaso débil aquel que se deja llevar por el más mínimo vaivén de su temperamento? ¿Es fuerte el barco que permanece sereno aún en la tormenta, o el que salta y se vuelca ante el primer ventarrón? No cai-

LA PAZ DEL HOGAR



justicia. ¿Qué se hace, pues, con nuestro esposo o esposa cuando se encuentra de mal humor e incluso nos trata de mala manera? Callar, disimular, esperar con paciencia a que pase la tormenta. Siempre debemos imitar a los santos

en todos los sucesos de nuestra vida. ¿Qué haría un santo en este caso? Preferir el bien del otro antes que el suyo propio. No demos oídos a nuestro amor propio, que nos inclinará a la conducta violenta; si-

gamos a cambio el camino del

sacrificio, que es el que Dios bendice y por eso es el que conduce a mejores resultados. Si el ofendido calla, y a la cara hosca responde con una sonrisa discreta, si a las quejas y desprecios del otro contestamos con nuevas pruebas de cariño silencioso y constante, la tempestad no pasará de ser una pequeña tormenta primaveral que en cuanto comienza a descargar deja a través de sus nubes filtrarse el sol y en el horizonte aparece el arco iris. ¿Por qué es tan poco común que una de estas discusiones tenga buen término? Porque cada quien está puesto en sus propios sentimientos, en su orgullo herido, en sus razones, y no deja espacio a la acción de la gracia y al amor que liman y restauran esas asperezas de las relaciones matrimoniales. Pero si acaso en su providencia misteriosa Dios permite que nos veamos sometidos a una prueba más fuerte, como la infidelidad de nuestro cónyuge... ¿qué camino seguir? Si lo meditamos un momento, es la prueba que por un corto pero intenso lapso tuvo que pasar San José, que se creyó traicionado y confundido respecto a la Santísima Virgen al saber de su próxima maternidad. ¿Qué hizo él? ¿La maltrató, la odió, quiso vengarse? No. San José, siempre pensando en el bien de su esposa, pensó en huir ocultamente para que cuando sus parientes y amigos se dieran cuenta de su huida cargaran sobre él toda culpabilidad, le rechazaran como malvado y compadecieran a su mujer. Es decir, pensó en salvarla aún existiendo la po-

sibilidad de haber sido engañado, y en causarse un daño a sí mismo por protegerla a ella. El mundo, por el contrario, nos dice que debemos recriminar, maltratar, recordar incesantemente e incluso abandonar el matrimonio si descubrimos esta falta. ¿Adelantamos algo con recurrir a tales violencias? ¿Acaso tiene algún sentido hacer sufrir a quien se ha internado en el pecado? Sólo se consigue envenenar más la cuestión y empujar al infiel por la pendiente del mal. Así encuentra el pecador más razones para seguir incurriendo en su falta, y en lugar de mirar constantemente por su bien, nos convertimos en grandes responsables (aunque jamás lo admitamos) de las faltas que comete. “¿Acaso tengo también la culpa de su propia traición?”, dirán irritados algunos. Sí, en la medida de que no utilizamos las lícitas herramientas que Dios nos da para solucionar el daño que ha ido creciendo como un tumor en el alma de nuestro esposo/a. ¿Acaso un misionero mezquina su tiempo y piensa en sí mismo a la hora de sacrificarlo todo por el bien de las almas? ¿Acaso un santo se quedaría tranquilo abandonando a su mal a quien podría ayudar con paciencia, oración y amor? ¿Y por qué nosotros somos tan distintos a estos seres? Lo que ellos hacen se llama ‘Cristianismo’, es lo que nos diferencia del resto y nos convierte en hijos amadísimos del Creador. Si en verdad sufrimos un desengaño, o una distancia dolorosa, o el rechazo sistemático de nuestro cónyuge, la actitud correcta pasa por utilizar todos los remedios disponibles a nuestro alcance para sanar la herida del alma que nos acompaña por gracia de Dios hasta el fin de nuestros días. “Él/ella es malo/a, me ha hecho sufrir”, dirán algunos. ¿Acaso nuestra vida tiene sentido si sólo pensamos en nosotros mismos? ¿Acaso tendríamos alguna chance de irnos al Cielo si Dios no perdonase nuestras enormes infidelidades y no hubiese decidido morir por redimirnos? ¿Acaso hay ejemplo más dulce que Jesús cargando con nuestros pecados? ¿Por qué nosotros, que nos llamamos cristianos, podemos actuar de otra manera? ¿Con qué derecho? Por todo esto, lo que corresponde en tales dolorosos casos es restaurar el amor perdido o dañado. Debemos ser más cariñosos, más dulces, más atractivos. Si él/ella se aleja, nosotros nos acercamos, si se enfría en el amor, procuramos darle calor. Parece violento, pero dice la Sagrada Escritura que “*el reino de los cielos lo alcanzarán los esforzados, son los más violentos quienes lo alcanzan*”. ¿A qué se refiere esta frase con violencia? A la violencia que debemos hacer sobre nosotros mismos por el bien de nuestra propia alma y la del prójimo. ¿Pensamos acaso, cuando detestamos al otro en su mal, que quizá seamos nosotros el instrumento del que Dios se sirve para arrancar del abismo de pecado a esta persona que nos ha confiado en el Altar? ¿Nos importa su alma y su salvación? Por ello hay que procurar darle al otro todo lo que necesita, en lugar de privarlo de nuestra presencia y amor, cuidar los detalles que sabemos que le agradan, soste-

nerlo en los tambaleos de su borrachera de pecado. Y sobre todo debemos rezar, encomendarle a Dios para que la gracia descienda sobre su alma. Nosotros nos desahogaremos de nuestro pesar ante Dios, ante quien sabe lo que es sufrir por los demás sin recibir a veces ni siquiera un tibio reconocimiento. Si así obráramos ante cada escollo, los pequeños y grandes, un día obtendremos el premio que obtuvo San José: la tranquilidad del amor y el placer intenso de un hogar feliz.



NOTA
137

KEMPIS

Imitación de Cristo

La “Imitación de Cristo”, de Tomás de Kempis, es un libro de profunda espiritualidad, cuyo contenido ha elevado las almas de miles de cristianos. Su lectura y meditación nos llevará a cambiar nuestra vida según las leyes de Dios y alcanzar la verdadera felicidad.

¿Por qué, pues, no me inflamo más en tu presencia adorable? ¿Por qué no me preparo con mayor cuidado a nutrirme de tu santidad cuando considero que aquellos santos del Antiguo Testamento - patriarcas y profetas, reyes y príncipes, en unión

de todo el pueblo- demostraron tanta devoción y celo por el culto divino?

El piadosísimo rey David bailó con toda su fuerza delante del arca de Dios, mientras rememoraba los beneficios hechos por Dios a los patriarcas en tiempos pasados. Hizo construir instrumentos musicales de varias clases, compuso salmos y dispuso que se cantaran con alegría y aun él mismo los cantaba frecuentemente, acompañándose del arpa, inspirado por la gracia del Espíritu Santo; enseñó además al pueblo de Israel a ensalzar al Señor con todo el corazón y a juntar sus voces para bendecir y celebrar el nombre de Dios todos los días.

Si en aquel entonces se vivía en tan alto grado de devoción y si de aquel tiempo todavía queda el recuerdo de las alabanzas tributadas a Dios ante el arca de la Alianza, ¿cuánta piedad y cuánto respeto no debe inspirarme a mí, y a todo el pueblo cristiano, la presencia del sacramento y la recepción del santísimo cuerpo de Cristo?

Muchos corren hasta lugares lejanos para visitar las reliquias de los santos y quedan maravillados al oír los hechos prodigiosos cumplidos por ellos; quedan asombrados al mirar los majestuosos edificios de sus templos y besan los sagrados huesos envueltos en sedas tejidas de oro. Tú, en vez, estás aquí, sobre el Altar, frente a mí, Dios mío, Santo de los santos, creador de los hombres y señor de los ángeles.

Con frecuencia lo que mueve a los hombres para ir a visitar objetos que nunca han visto es la curiosidad y la novedad, y por eso sacan muy poco fruto, principalmente cuando peregrinan de acá para allá de manera superficial y sin verdadera contrición.

Pero aquí, en el sacramento del altar, tú estás todo presente, Dios mío, Cristo Jesús hombre; aquí, todas las veces que se te recibe dignamente y con devoción, se alcanzan frutos copiosos de salvación eterna. Pero hacia este sacramento no debo llevar la superficialidad, ni la curiosidad y tampoco la atracción de los sentidos, sino una fe segura, una piadosa esperanza y una sincera caridad.

Continuará

PARA RECORDAR EN ESTA SEMANA

MARZO

- S. 11 San Eulogio.
- D. 12 Santa Serafina.
- L. 13 San Nicéforo.
- M. 14 Santa Matilde.
- Mi.15 San Clemente Hofbauer.
- J. 16 San Heriberto.
- V. 17 San Patricio.



RESUMEN:

Un sacerdote es aparentemente poseído y sus fieles buscan la forma de liberarlo.

Capítulo 37

La oscuridad avanzaba una vez más sobre el cielo de la ciudad y, finalizado el día, la búsqueda del

crucifijo había sido infructuosa. Las guardias de oración se sucedían junto al lecho del sacerdote poseído, pero este continuaba en estado de letargo, como en animación suspendida. Mientras no despertara todo intento de liberarlo de los demonios sería en vano, pues su voluntad de expulsarlos desde dentro era imperiosamente necesaria para alcanzar el éxito.

El presidente de la Acción Católica y el doctor comentaban los últimos sucesos en voz baja, casi como para sí mismos:

- *Si no lo hemos hallado con la plena luz del día, difícilmente lo encontraremos ahora que, con la oscuridad, cada rincón se transforma en un escondite posible...*

- *Pienso igual, las luces artificiales no nos dan suficiente claridad, tendremos que seguir...*

Un grito proveniente de la habitación de servicio cortó en seco la frase del doctor, dejando a ambos congelados de sorpresa y miedo por un instante.

- ¡Aquí!... ¡Vengan... aquí encontré algo!- la voz temblorosa de la secretaria parroquial dejaba entrever sus sentimientos, mezcla de excitación y espanto, al encontrarse cara a cara con lo sobrenatural.

Si bien todos eran personas de Fe -unos más que otros- ninguno estaba verdaderamente preparado para la visión que se les presentaba.

Agolpándose unos contra otros en el rellano de la puerta, miraron hacia el interior de la habitación cuyos únicos muebles eran una cama de una plaza y una pequeña mesa con una silla.

Nada que se destacara, salvo por un detalle, ese detalle que había producido la sorpresa y los gritos de la mujer: por debajo de la cama, entre las maderas del piso, unos finos rayos de luz blanquísima se filtraban al exterior, señalando la presencia de algún objeto oculto.

Debido a la oscuridad reinante y gracias a su ubicación tan disimulada debajo de la cama, la presencia sobrenatural resaltaba aún más.

Repuestos de la sorpresa, todos buscaron la manera de poner al descubierto el escondrijo secreto, para lo cual desalojaron los muebles, colocándolos en la sala. Ahora el brillo parecía más fuerte y su blancura, a pesar de ser intensísima, no dañaba la vista. Todos parecían hipnotizados por la extraña luz escondida...

Continuará

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...



DOMINGO 23 DE ABRIL
Fiesta de la DIVINA MISERICORDIA “SANTUARIO DE JESÚS
RETIRO ESPIRITUAL y
REUNIÓN PARA ENFERMOS MISERICORDIOSO”

... y volverá a su hogar con la paz en el corazón...

El 13 de cada mes **SOLEMNE PROCESIÓN** con la Imagen Milagrosa de “María Rosa Mystica”.

Colectivos: 98 (3 y 5), 603 (1-M-6-7-4), 219 (3)

Visite el

“SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO”

Calle 153 entre 27 y 28 - Berazategui
Provincia de Buenos Aires
Horario de visitas y atención:
Todos los días de 9:00 a 11:00 y
de 14:00 a 16:00 hs

INFORMES:

DIRECCIÓN POSTAL:

Casilla de Correo n° 7

B1880WAA Berazategui - Argentina

WEBSITE: www.santuario.com.ar

E-MAIL: fundacion@santuario.com.ar

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA



Nota 52

La unidad del alma y del cuerpo es tan profunda que se debe considerar al alma como la “forma” del cuerpo; es decir, gracias al alma espiritual, la materia que integra el cuerpo es un cuerpo humano y viviente; en el hombre, el espíritu y la materia no son dos naturalezas unidas, sino que su unión constituye una única naturaleza. La Iglesia enseña que cada alma espiritual es directamente creada por Dios: no perece cuando se separa del cuerpo en la muerte, y se unirá de nuevo al cuerpo en la resurrección final.

A veces se acostumbra a distinguir entre alma y espíritu. Así San Pablo ruega para que nuestro “ser entero, el espíritu, el alma y el cuerpo” sea conservado sin mancha hasta la venida del Señor. La Iglesia enseña que esta distinción no introduce una dualidad en el alma. “Espíritu” significa que el hombre está ordenado desde su creación a su fin sobrenatural, y que su alma es capaz de ser elevada gratuitamente a la comunión con Dios.

La tradición espiritual de la Iglesia también presenta el corazón en su sentido bíblico de “lo más profundo del ser”, donde la persona se decide o no por Dios.

III “HOMBRE Y MUJER LOS CREÓ”

Igualdad y diferencia queridas por Dios. El hombre y la mujer son creados, es decir, son queridos por Dios: por una parte, en una perfecta igualdad en tanto que personas humanas, y por otra, en su ser respectivo

de hombre y de mujer. “Ser hombre”, “ser mujer” es una realidad buena y querida por Dios: el hombre y la mujer tienen una dignidad que nunca se pierde, que viene inmediatamente de Dios, su creador. El hombre y la mujer son, con la misma dignidad, “imagen de Dios”. En su “ser-hombre” y su “ser-mujer” reflejan la sabiduría y la bondad del Creador. Dios no es, en modo alguno, a imagen del hombre. No es ni hombre ni mujer. Dios es espíritu puro, en el cual no hay lugar para la diferencia



“Hombre y mujer los creó, el uno para el otro”

de sexos. Pero las “perfecciones” del hombre y de la mujer reflejan algo de la infinita perfección de Dios.

“El uno para el otro”, “una unidad de dos”.

Creados a la vez, el hombre y la mujer son queridos por Dios el uno para el otro. La Palabra de Dios nos lo hace entender mediante diversos acentos del texto sagrado. “No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada”. Ninguno de los animales es “ayuda adecuada” para el hombre. La mujer, que Dios “forma” de la costilla del hombre y presenta a éste, despierta en él un grito de admiración, una exclamación de amor y de comunión: “Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”. El hombre descubre en la mujer como un otro “yo”, de la misma humanidad.

Continuará